

debe olvidarse que antes de ser inscritos en las listas del ejército regular los jóvenes de diez y ocho ó veinte años sufrían un preparación de dos años y que entraban en los oplitas cuando ya estaban completamente iniciados. Además, el ateniense, inteligente y valeroso, experimentaba un vivo amor por la gloria; bajo las órdenes de un buen jefe se batía á maravilla. Lo que en ocasiones parece que le faltaba era la disciplina y la tenacidad. Un divertido informe de Demóstenes (*contra Conon*) nos muestra el ligero desorden que se producía en una guarnición del Ática á consecuencia de las libaciones demasiado abundantes, y al mismo estratega, empleando su elocuencia para dar término á una escena que á lo que parece no era digna de retener hasta aquel punto la atención de un oficial de la primera categoría. La inteligencia flexible de los atenienses les daba una superioridad denotada sobre los espartanos en el arte de los sitios; habían avanzado bastante en la ingeniería, mientras que sus rivales quedaban detenidos al menor obstáculo. Se comprende que las continuas guerras que llenan el siglo v hayan probado duramente al ejército ateniense, y sobre todo á las clases ricas que formaban los oplitas (1); así, después de la guerra del Peloponeso, las filas del ejército se llenaban más difícilmente cada vez. Tómose la costumbre de pagar mercenarios. En

(1) Aristóteles, *Política*, 1303, A. 7-10.

tiempos de Demóstenes era un problema reclutar dos mil oplitas; nadie quería servir. Entonces el ejército, en vez de ser nacional, se hizo como una cosa exterior á la ciudad, al extremo de que algunos de sus mismos jefes eran más bien verdaderos condotieros que estrategas atenienses; pero, á decir verdad, tal exceso sólo va unido al último período de la historia de Atenas.

Si el ejército de Atenas era bueno, su marina era absolutamente superior. Los atenienses habían sido siempre marinos. En tiempos de las guerras médicas fué su flota la que puso á salvo su independencia. Más tarde aseguró su hegemonía.

Ser señores del mar era para ellos desde Temístocles un axioma de su política, y de hecho su hegemonía no estuvo en peligro más que en el momento en que sus rivales comenzaron á ser capaces de armar grandes flotas y de conducir las á la victoria; éstas son las derrotas navales de los atenienses, que arrastraron consigo la derrota de sus ejércitos. Sus trirremes de guerra eran numerosos y estaban bien armados. El puerto de Falero y el de Pireo contenían centenares de ellos prestos á hacerse al mar. Los arsenales de Munychia estaban en incesante actividad; sobre cada trirreme se embarcaban numerosos remeros (unos 180) buscados entre los ciudadanos de la última clase y los metecos y á veces entre los esclavos. Además, cada uno conducía una veintena de combatientes; no faltaban entre ellos los capitanes experimen-

tados. Bajo un estratega como Formión la flota ateniense era invencible por su superioridad en las maniobras y por su táctica, orgullosa de los éxitos de su flota. Atenas sentía una verdadera predilección hacia ella, y los marinos, á su vez conscientes de su servicio, influían considerablemente por su número en las Asambleas en que se votaba individualmente, y desde la batalla de Salamina constituyeron uno de los principales elementos de la democracia. Están de acuerdo todos los testimonios respecto de la importancia poco á poco lograda por la población marítima en el gobierno de la ciudad, y formaban esta población ciudadanos de los más pobres. Los antiguos atribuyen siempre los excesos de la democracia ateniense á esta preponderancia de los marinos del *ναυτικός ὄχλος*, mientras que reservar el poder á los oplitas es para ellos sinónimo de establecer un gobierno de reacción moderada.

Una flota poderosa; un ejército cuyos soldados, si es cierto que se mantenían á su propia costa, cobraban un sueldo; magistrados numerosos y asalariados, tribunales y Asambleas que cobraban también una paga por cumplir sus funciones, todo esto sin contar los enormes gastos de las fiestas religiosas y de los trabajos públicos, exigía considerables ingresos. El problema financiero era para Atenas de vital interés y fué en ocasiones de difícil solución, porque era un principio que los ciudadanos debían ser libres en sus propiedades y en sus personas; el impuesto di-

recto les parecía atentatorio contra la propiedad. El diezmo, establecido en otro tiempo por Pisistrato, había dejado un odioso recuerdo: se le consideraba como un impuesto tiránico; era, sin embargo, preciso el dinero, y mucho dinero, para subvenir á las necesidades del Tesoro. ¿Dónde encontrarlo?

En primer término, el Estado era propietario. Poseía terrenos y casas que alquilaba. Poseía, sobre todo, las minas de plata del Laurium, que arrendaba á los contratistas y que fueron muy provechosas durante mucho tiempo; á mediados del siglo IV es cierto que había disminuído la renta y Jenofonte se preocupaba de los medios para restablecerla como antes.

Otras fuentes de rendimientos de mucha importancia eran los impuestos de capitación cobrados sobre los metecos y los esclavos. Los metecos, muy numerosos y casi siempre ricos, lo pagaban por sí mismos. Pero en cuanto á los esclavos, eran sus propietarios los que pagaban, por una derogación evidente á la regla que excluía los impuestos directos. En cambio, los impuestos indirectos eran práctica general. El más importante de ellos era el derecho del cincuéndécimo, que se cobraba sobre todas las mercancías que entraban en el Pireo; había también los derechos de puerto y los derechos de mercado. En una ciudad tan comercial como Atenas, estos derechos alcanzaban un total elevado. Se encargaban del cobro contratistas que compraban el negocio por un tanto

alzado. Añádase á esto las multas y confiscaciones, que ocupaban más espacio del que podía imaginarse en el presupuesto ateniense, sin duda demasiado espacio. No olvidemos tampoco que el botín hecho en la guerra, en aquellos tiempos de luchas incesantes y casi siempre crueles, no constituía una cantidad despreciable.

Pero todas estas fuentes de ingresos habrían sido insuficientes si no se hubiesen añadido á ellas otras de gran importancia. Por una parte el dinero de los aliados y por otra las contribuciones más ó menos voluntarias que pesaban sobre los ricos.

Aunque en principio la propiedad estaba exenta de impuesto directo, el Estado había encontrado muchos modos de llenar el Tesoro á costa de los ricos. En las circunstancias graves se les pedían ofrendas voluntarias (*ἐπιδόσεις*) que no les era posible negar. Más tarde hubo también una especie de contribución de guerra obligatoria, la *εἰσφορά*, que no era un impuesto directo propiamente dicho, toda vez que no estaba regular ni rigurosamente tarifado para cada uno, pero que no por eso pesaba menos sobre las fortunas privadas. Los ciudadanos ricos estaban repartidos en 20 *simmorios* á razón de 120 por tribu; los 300 más ricos (15 por *simmorio*) adelantaban la cantidad necesaria, que se reembolsaban luego en parte los menos ricos. La cantidad pedida parece que llegó á ser en ocasiones muy considerable.

Y en fin, la última forma del impuesto, no

menos pesada, era la de las liturgias, es decir, la de los servicios públicos, á cargo de los ciudadanos más ricos. El Estado se libraba así, á costa de los particulares, de ciertos gastos, que de otro modo habría tenido que hacer por sí mismo. Las principales liturgias, aunque no las únicas, eran la choregia y la trierarquía. Un chorega debía pagar y dirigir un coro trágico, cómico ó cíclico. Un trierarca debía equipar un trirreme, cuyo casco le daba el Estado. En particular esta última liturgia era tan onerosa, que muchas veces había sido necesario agrupar muchos trierarcas para cumplir con ella. En tiempo de Demóstenes vemos *simmorios* organizados para el equipo de los trirremes, aligerando así un peso que se había hecho intolerable. Pero en el siglo precedente, hacia los comienzos de la guerra del Peloponeso, había cada año 400 trierarcas, sobre los cuales pesaba todo el gasto. El arconta epónimo (1) era el encargado de designar á los choregas; uno de los estrategas designaba á los trierarcas (2). El ciudadano designado podía procurar librarse del impuesto designando á otro ciudadano como más rico que él. En el caso de que éste no aceptase, podía el primero exigir el cambio de sus fortunas respectivas (*ἀντίδοσις*), de donde se originaron muchos procesos. La trierarquía era en el siglo v un peso tan grande, que el aristócrata desco-

(1) *Const. At.*, p. 56, 2, 3.

(2) *Const. At.*, p. 61, 2.

nocido á quien debemos la *República de Atenas*, conservada bajo el nombre de Jenofonte, atribuía su institución al deseo de los pobres de arruinar á los ricos. Es digno de tenerse en cuenta, sin embargo, que había muchos ciudadanos á quienes no inspiraban las liturgias el horror que podía suponerse. El impuesto era, indudablemente, pesado, pero satisfacía la vanidad de aquel sobre quien recaía. Era al mismo tiempo un honor y una carga. Un chorega era el representante de su tribu; se convertía en un personaje casi sagrado y brillaba en primer lugar en todas las fiestas; procuraba hacer bien las cosas para dar idea de su fortuna y de su desinterés en favor de la ciudad. Igual ocurría con el trierarca, que á veces se excedía en sus obligaciones estrictas para hacer la corte al pueblo. El ex-chorega ó ex-trierarca, si tenía más tarde cualquier proceso (y nadie estaba en Atenas libre de ello), manifestaba ante los heliastas las liturgias que había desempeñado, y probablemente fuera ese uno de los mejores argumentos que se podían hacer valer, si se atiende al espacio que ocupan en los juicios áticos. Conviene añadir, además, que la tasa de interés, en la antigüedad griega, permitía á un ciudadano rico reconstituir rápidamente su capital, por muy quebrantado que estuviese.

Por último, aparte del dinero que el Estado pedía bajo tantas formas á los ciudadanos, había el que le entregaban los aliados, que constituía una gran parte de su renta total,

aproximadamente la mitad (1). Es sabido que después de las guerras médicas, tres años después de Salamina, Aristides organizó, bajo la presidencia de Atenas, una poderosa Liga marítima para la defensa de Grecia contra el bárbaro. Pronto se hicieron súbditas las ciudades aliadas, con excepción de Chíos, Lesbos y Samos, que Atenas reservaba para utilizarlas como apoyo contra las demás, según Aristóteles (2). En primer término, cada ciudad había suministrado á la Liga su parte de dinero, de barcos y de combatientes. El dinero se depositaba en Delos, donde se reunían periódicamente los delegados de la confederación para deliberar acerca de los asuntos comunes (3). Entonces eran los aliados verdaderamente autónomos. Pero, más tarde, Atenas les sugirió la idea de librarse del peso de las contribuciones en hombres y en barcos, mediante un simple tributo en dinero. El tributo, que empezó siendo de 460 talentos, se elevó á 600. Retiróse de Delos el tesoro común y se depositó en la Acrópolis. Más de 300 ciudades alimentaban con su dinero el tesoro federal. Las inscripciones nos dicen sus nom-

(1) Jenofonte (*Anah.*, VII, 1, 27) dice que al comienzo de la guerra del Peloponeso las deudas de Atenas alcanzaban á más de mil talentos. Si quitamos de esa cifra los quinientos ó seiscientos talentos que reportaban los tributos de los aliados, queda una suma casi igual de deudas de origen ateniense, sin contar, claro es, el producto de las liturgias.

(2) *Const. At.*, p. 24, 2.

(3) Tucídides, I, 96, 2.

bres y nos dan á conocer la parte contributiva de la mayoría de ellas. Atenas se encargó de organizar la defensa común, armó flotas inmensas y, en suma, llevó á cabo honradamente su tarea, que se vió coronada por un éxito completo. Cuando dejó de ser un peligro el bárbaro, como el dinero afluía constantemente, Pericles constituyó con él un considerable fondo de reserva, dedicando el resto á embellecer á Atenas y para pagar los gastos particulares del Estado ateniense. Todo sin consultar á los aliados. Poco á poco se habían ido haciendo sencillos súbditos y tributarios de Atenas.

Esto siguió así hasta cerca del final de la guerra del Peloponeso. Cuando la toma de Atenas puso fin á su imperio marítimo, se agotó la fuente de rendimientos, y á consecuencia de eso hubo años difíciles. Sin embargo, algunos años después se formó una segunda Liga, reapareciendo el dinero de los aliados cuando la guerra social.

La penuria se hizo sentir de nuevo en el Tesoro y fueron necesarias toda la prudencia de Eubulo y más tarde toda la hábil firmeza de Licurgo para llegar á restaurar casi la Hacienda ateniense. Es cierto que ya entonces había acabado para ella el tiempo de la gran política. En resumen, mientras Atenas fué verdaderamente poderosa, necesitó de una gran afluencia de riquezas exteriores. Toda la organización de la democracia descansaba sobre un salario político tan extendido, que sus recursos propios apenas

bastaban á la doble exigencia de una costosa organización interior y de una política exterior activa.

### § 7.—CONCLUSIÓN.

Se advierte cuál era el carácter ultrademocrático de esta Constitución: la soberanía corresponde al número; se adoptan las medidas todas con objeto de paralizar la influencia de la aristocracia; á pesar de los privilegios teóricos concedidos á las tres primeras clases, la riqueza soporta más cargas que derechos reales posee; una fiera igualdad reina en todo. Pero esta clase de aristocracia conservadora de las tradiciones, que constituye en nuestras sociedades modernas una complicada administración burocrática, no existe ó está reducida al *mínimum*; nada de organismos burocráticos permanentes, nada de tradición rutinaria; todo está en un movimiento continuo.

Los magistrados son numerosos: su poder es restringido y desempeñan su cargo poco tiempo. Las leyes se hacen y se deshacen con facilidad. Improvisanse durante una Asamblea las medidas de circunstancias. Los verdaderos jefes de la política, los oradores sólo son la voz efímera de una mayoría variable. Es como si una lógica inflexible racionalista y abstracta lo hubiese organizado todo, en vista de un fin claramente conce-

bido: la soberanía del número. No se opone ningún freno á una evolución constante ni á las sugerencias momentáneas inspiradas por las circunstancias, por las necesidades ó las pasiones de cada día.

¿Hasta qué punto tenían los atenienses conciencia de este carácter de sus instituciones? ¿Qué ideal se proponían? ¿Y qué decían de ello los contemporáneos atenienses ó griegos partidarios ó adversarios de la democracia, pensadores ú hombres de Estado?

## II.—El ideal político ateniense.

Los atenienses estaban muy orgullosos de su Constitución. Han celebrado en todos los tonos á Solón, el fundador de su democracia. Hasta han querido dar á sus instituciones títulos de nobleza más venerables aún, relacionándolas por sobre Solón con el mismo deseo á medida que el rey legendario del *συνουκισμός* se iba haciendo encarnación de la ciudad y como prototipo de todos sus grandes hombres (1). Uno de los «lugares comunes» en las oraciones fúnebres era el elogio de la Constitución ateniense; oradores y poetas se emulaban en entusiasmo respecto de ella. Es curioso escuchar desde luego lo que

(1) Eurípides, *Supli.*, p. 352-353.—Isócrates, *Panat.*, p. 130.

han dicho de ella, porque al alabarla han mostrado bajo qué aspecto se aparecía á los atenienses, cuál era la significación que se le daba, en qué sentido la interpretaban; en una palabra, á qué ideal político del alma ateniense satisfacía. Este comentario de las instituciones por la literatura contemporánea es el testimonio más autorizado, si no sobre lo que los atenienses han realizado verdaderamente, por lo menos sobre lo que concibieron como objeto esencial de su actividad.

El más antiguo y profundo de tales comentaristas es Tucídides. En la *Oración fúnebre*, que atribuye á Pericles, declara que la grandeza de Atenas procede de sus leyes y de sus costumbres; ellas han creado el heroísmo de los guerreros, cuyo elogio hace el orador; á ellas hay que volver siempre para comprender la acción de Atenas. Sigue á eso un maravilloso análisis del régimen y del espíritu de la ciudad (1). Cada frase de ese trozo es digna de meditación; porque puede decirse sin exagerar que todos los oradores y escritores que le siguieron no han hecho más que desarrollar las ricas y profundas indicaciones del gran historiador político.

«Tenemos, dice Pericles, una Constitución que no está hecha sobre el modelo de otra ninguna, sino que es más bien un modelo para las demás.» Y después de esta orgullosa

(1) Tucídides, II, 37-41.